

CAPÍTULO 2

De cómo sí logré ser arquitecta de mi propio destino

(Maribel. 39 años. Arquitecta.)

En el terreno marital los hombres no obedecen... Si una mujer quiere mandar a un hombre, debe ser su jefa y no su esposa.

Yo, por ejemplo, nunca he tenido dificultades para hacer que los hombres cumplan mi voluntad. Siempre tengo a más de cien atentos a mis caprichos.

Todos ellos, sin excepción, bailan al son que les toco y en la escala que yo decido. Sé que algunos me aprecian; que otros andan conmigo por interés; pero eso sí, todos me respetan. Y ése es el mejor de los sentimientos a que una persona puede aspirar: el respeto es menos grotesco que el miedo y menos agobiante que el amor. Es como los buenos cimientos: perfecto para dar estabilidad.

Yo ando feliz por la vida con mi regimiento de albañiles. Soy la Napoleón Bonaparte de un ejército dedicado no a la destrucción, sino a la construcción.

Por eso me encanta ser arquitecta. Es un trabajo ideal para acrecentar la autoestima; es un ejercicio continuo de lucha contra los materiales, el tiempo, el caos y la gente. Sobre todo la gente.

Cuando un albañil ve a un arquitecto, ve a un arquitecto. Cuando un albañil ve a una arquitecta, ve a una mujer. A causa de este pequeño obstáculo, hay algunas que se quedan para siempre escondidas detrás del restirador. Otras, apenas menos cobardes, se atreven a remodelar “casitas”, cuando de lo que se trata es de remodelar el mundo.

Que se queden refugiadas en el sótano de su propio temor, acompañadas de un inofensivo y anciano maestro de obra. Que se queden durante días enteros oyendo metros y metros de frases insulsas acerca de un papel tapiz, ¿de qué otro tema podrían hablar con esas señoras tan indefensas como carentes de vida?

Yo no. Yo jamás me he dejado encerrar entre cuatro paredes, ni siquiera cuando soy yo quien las construye. ¿Qué habría sido del famoso Cassius Clay sin contrincante? El que teme a la guerra nunca vence, y lo primero que pierde son las ganas de luchar.

Yo no nací para ser la protagonista de un vestido de novia, mucho menos para vencer adversidades microscópicas como complacer a un maridito en asuntos de sazón. Para eso existen los restaurantes.

Aguantar un marido es más fastidioso que impermeabilizar techos de dos aguas con pincel; es más absurdo que cortar mosaico con navaja de un solo filo y más inútil que entiarolar paredes antes de ranurarlas para meter el cableado. ¿Quién necesita un marido en estos tiempos? Normalmente ganan poco, exigen mucho y es casi imposible hacerlos triunfar desde la retaguardia.

El lugar de la mujer en el matrimonio no es mejor que en el fútbol americano. A los veinte años, la esposa equivale a una porrista; a los treinta, si entiende del asunto, puede llegar a entrenador; y si no entiende, le tocará estar en la banca (limpiándola). Y no es otra la situación de la mujer en el mundo de los toros. Yo no nací para público, ni para burladero; vine a este mundo para enfrentarme al toro. ¿Es posible hacer un buen lance de capote detrás de la barrera?

Definitivamente, no estoy hecha para la vida conyugal ni para ninguna de sus consecuencias. Sin embargo, me parece bien que nazcan niños, si no existieran, ¿quién pagaría la construcción en el futuro?

A mí lo que me gusta es obrar milagros. Levantar en pocos días una catedral, un estadio, una cadena de farmacias... Ése sí es mi destino. Cada día en la refriega es un tabique. Si al final de cada vida en vez de recuerdos quedaran construcciones, la mía sería un rascacielos.

Soy una persona sin dudas y con mucho trabajo. Vivo en paz, pues tengo perfectamente establecida mi relación con los seres humanos y con la naturaleza. La tierra es para llenarla de edificios; los hombres... para ponerlos a trabajar.

CAPÍTULO 38

De por qué no encuentro quién me mantenga

(Jenny. 23 años. Licenciada en Mercadotecnia.)

Me gustan los de mi edad o más chicos; pero no tienen ni empleo. No soporto a los vejetes de cuarenta. Me pudre que pongan cara de incredulidad y reproche cuando me hablan de Eric Clapton, Chava Flores o los Doors y yo ni en cuenta. No aguanto su conversación. Los que no tienen dinero sólo pueden ofrecerte un carrujo de mariguana.

A estos tipos de cuarenta no sólo tienes que aguantarles la madre, o sea una suegra, sino una ex familia completa. Hay que cargar con los hijos del primer error; con las quejas de la otra vieja; con los gastos de la otra casa. Son una generación que produjo miles de administradores de empresas que cuando por fin acaban de administrar su mugroso salario, no tienen ni para la tintorería

del anticuado traje con el que quieren ligarse a una mujer veinte años más joven que ellos.

Pero los de cincuenta y sesenta... esos sí están graves. A esos no les huele mal el coche usado, sino la dentadura postiza aunque sea de porcelana. Andan de arriba para abajo con su botiquín de medicinas. El que no es diabético, padece del corazón o de cualquier otra madre. No saben bailar y tienes que hacerles toda la tarea en aquello de las acrobacias sexuales. Para colmo, fieles a la amenaza de su prometido *alzheimer* nunca recuerdan un buen lugar para divertirse.

Yo quería ser pasotista. Vivir de mis padres en lo que empiezan a mantenerme mis hijos. Pero mis padres me salieron con el choro de que ya cumplieron con su deber, de que ya puedo mantenerme sola. Pero cómo creen, les dije, todavía no me pagan la maestría.